



**S**ETE GUERRAS CIVILES vividas como reportero le afianzaron para escribir sobre aquellos que hacían la guerra. Los que estaban en el frente, los del barro hasta el calcañar, los del miedo, la sed, el desconcierto y los piojos. Aquellas y aquellos que mataron y murieron combatiendo sin saber, en ocasiones, qué había que ganar. *Línea de fuego* (Alfaguara) es la novela de madurez de Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951). Una historia coral que se desarrolla en la Batalla del Ebro, una de las más crueles de la contienda, donde murieron 20.000 personas.

Sin tomar partido, desgranando la realidad de unos y de otros, despliega la historia de aquellos muchachos de la Quinta del Biberón y sus predecesores que lucharon (en los dos bandos) con más esperanza que convencimiento y dieron el estirón bajo una lluvia de hierros. Republicanos y fascistas casi niños que alguna vez se preguntaron por qué un esfuerzo tan inútil. Ellos fueron el prólogo de una España partida en dos que incubó en las trincheras a varias generaciones inoculadas con el virus del odio. Un odio que nadie les explicó, pero que después el franquismo mantuvo durante 40 años con sus crímenes. «No es una novela de la Guerra Civil, sino sobre aquellos que combatieron en primera línea de fuego», dice. P. ¿Qué suma esta novela a la inmensa bibliografía sobre el asunto? R. Es cierto que se ha escrito mucho desde los dos bandos. Y algunos libros son muy buenos, pero siempre se ha hecho, hasta donde conozco, con un fondo más ideológico que humano.

P. Inevitable. R. Aunque no necesario. Muchos de los que combatieron por una causa o la contraria estaban allí por casualidad. Había voluntarios, sin duda, pero buena parte cayeron fortuitamente en el lugar donde les tocó luchar. P. ¿Quién le contó la Guerra Civil? R. Los protagonistas, quienes la hicieron: mi abuelo, mi padre, algunos

## “ARTURO PÉREZ-REVERTE HAY INTERÉS POLÍTICO EN QUE LAS HERIDAS SIGAN ABIERTAS”

El escritor publica 'Línea de fuego' (Alfaguara), una novela de madurez sobre el desconcierto, el desamparo y el miedo de las mujeres y hombres que empearon sus vidas en las trincheras de la Batalla del Ebro, una de las más cruentas de la Guerra Civil

POR ANTONIO LUCAS MADRID  
FOTOGRAFÍA DE JOSÉ AYMÁ

primos de mi padre... De uno y de otro bando. Así que el relato que manejo es de primera mano. Yo nací en 1951, 12 años después del fin de la guerra. Recuerdo bien las pintadas que siendo niño veía en muros y tapias. Una, en concreto, que decía: «Viva Largo Caballero!». Llegué a ver las huellas físicas y anímicas de la guerra, algo que luego he recordado muchas veces en cualquiera de las siete guerras civiles que he cubierto como reportero. Así que no me es un momento histórico ajeno, aunque no lo viviese. La idea de la Guerra Civil está cada vez más

“NINGUNO DE AQUELLOS SOLDADOS DE PRIMERA LÍNEA MURIÓ POR NADA NOBLE”

manipulada y desvaída. Sobre todo porque en parte es una abstracción, nadie se acuerda de los que estuvieron jugándose el pellejo en el barro. P. Y ahí es donde se fija esta novela. R. En esas gentes, claro que sí. En lo humano. En

los testigos. La idea sin un factor humano que le dé sentido es peligrosa porque lleva a la mitificación o a la mentira. Todos sabemos que la República era legítima y el golpe de Franco ilegítimo. Hasta ahí, bien. ¿Pero quién recuerda cómo se hizo aquella guerra? ¿Quién fue al frente? Chavales de 17 y 18 años. ¡Comunistas de 17 años! ¡Falangistas de 18 años! De eso se habla ya muy poco. La gente se ha ido muriendo y, al desaparecer, han ido siendo olvidados. Así que el relato de los años de la Guerra Civil es cada vez más incompleto porque se ha perdido la humanidad.

Ahí es donde yo he querido entrar. P. También ha desaparecido esa otra realidad cómica que reflejaron Azcona y Berlanga en *La Vaquilla*. R. En la Guerra Civil se dio algo también muy español, más allá de los

tiros y los muertos.

P. ¿Muy español? R. Sí. La mala leche, la inquina, el rencor. Pero también escenas humanísimas como las canciones de trinchera a trinchera para insultarse, los mensajes de franja a franja, el intercambio de tabaco y papel de fumar... En eso también me detengo porque fue una parte del día a día de aquel desastre.

P. ¿Ha salido de esta novela con una idea mejor, más compleja, desengañada o extraña de lo que fue aquello? R. Mira, no soy un tipo blando ni de lágrima fácil, pero en algunos momentos de escritura me emocionaba al conocer más sobre aquellos soldados anónimos, tan chavales. Realmente me conmovía. Es terrible leer a cuántos casi niños los llevaron sus madres de la mano al cuartel porque los reclamaban para una guerra. Chicos que iban a sufrir, a matar, a morir. Y para nada.

P. Se beneficiaron otros. R. Como es habitual. Los que perdieron fueron al exilio, a campos de concentración o como le sucedió a mi padre, que luchó del lado republicano, tuvieron que hacer después tres años de mili con los nacionales. Y muchos de los que ganaron fueron unos parias que rápidamente enviaron a sus casas para que los de la retaguardia tomasen posesión de la victoria. La mayoría de los que lucharon de verdad no ganaron nada. De ahí el desprecio que hubo, y en la novela es un elemento importante, a los que estaban lejos de la línea de fuego. P. ¿Por qué elige como escenario la Batalla del Ebro?

R. Porque es la más larga y la más cruel. Mueren 20.000 personas. Es un momento infernal. El Gobierno de la República ya tenía claro que no había victoria posible. Los miembros de las Brigadas Internacionales estaban cansados de guerra y había desaparecido ese fervor del principio. Es un momento dramático tanto en lo bélico como en lo humano. Es una batalla que tiene mucho de pelea de carneros y donde ya casi no se ganaba nada. Eran capaces de tomar

una misma colina, y perderla, siete veces en un día. Era absurdo.

P. Las mujeres tienen una presencia poderosa en la novela, a pesar de que en la Batalla del Ebro no hubo en primera línea... R. Era necesario tener muy presente qué sucedió con ellas. Quién más pierde en

“¿SORDIDEZ? SÍ, SUPONGO. HAY ESCENAS MUY FUERTES EN LA NOVELA. Y BORRÉ LAS PEORES”

esa guerra es la mujer. En tres años retrocede su situación un siglo. Todo lo ganado antes y durante la República se esfuma y la mujer vuelve a ser madre, esposa, cocinera de casa, criada, sometida al cura y al marido. Las mujeres lúcidas saben lo que se juegan también en esa guerra, así que me parecía incompleto, aunque hablara de la Batalla del Ebro, hacerlo sólo de los hombres. Inventé una unidad de transmisiones ficticia formada por milicianas que trabajase con las tropas. Un retrato de aquellas que sí lucharon en otros frentes. P. Mujeres distintas a las de las fotos y carteles que conocemos.

R. Las de la propaganda no eran reales, al contrario de aquellas formadas en el ideario socialista o comunista, más conscientes de su situación, que fueron parte muy activa de la guerra, del combate.

P. Dice que ha intentado ser «ecuaníme, pero no equidistante». Eso puede provocar *fuego amigo*.

R. Desde el primer momento supe que ni a la extrema derecha ni a la extrema izquierda les iba a gustar este libro. Unos y otros necesitan un demonio enfrente. El discurso de ambos es tan pobre que recurren a argumentos simples, y la maldad ciega del enemigo es la coartada más fácil... Confío plenamente en que no les guste la novela. De hecho, la he escrito para que no les guste. Yo sé muy bien dónde estoy: la República era legítima y los otros no.

P. Así que prevé... R. No preveo nada, pero sé por dónde respiran. Extrema izquierda y derecha no conocen el respeto, no son

conscientes de que el enemigo se parece demasiado a ti, que como les sucedió a aquellos chavales de la Quinta del Biberón, luchan contra gente de su pueblo que hasta ayer era un bien amigo... Se mataban, pero eran consciente de que



P. En *Línea de fuego* está también la mirada externa de los corresponsales de guerra...

R. Ese punto de vista lo he conocido bien. El de hombres y mujeres que a veces simpatizan con lo que están viendo, pero no te dejas abducir. Puedes tener emocionalidad, pero sin perder la lucidez.

P. ¿Hay un intento de restañar algo con esta novela?

R. Soy un novelista, no una ONG. Escribo porque me gusta contar historias que quizá les puedan ser útiles a algunos. Lo que no logrará este libro es tapar la boca a esos políticos que siguen tirando de la Guerra Civil como argumento para sus mamoneos. Las heridas no se restañan con un libro. Además, hay un enorme interés político en que sigan abiertas. ¿Sabes qué sucede? Que cuando no se tiene claro el fondo de una ideología, y la mayor parte de nuestros políticos no la tiene clara porque son una banda de cantamañanas que no han leído un libro, pues se aferran a cuatro conceptos facilones que amortizan muy bien. Unos y otros. En esta novela no me aparto de una mirada moral. Es que en esos chavales no existía ese concepto y quienes hablan son ellos.

“

“NO DESIDEOLÓGIZO LA GUERRA, RETRATO A QUIENES LUCHARON EN EL PEOR LUGAR”

P. ¿Si hubiese podido elegir voluntariamente de qué lado luchar, cuál habría sido?

R. Me habría marchado como hizo Chaves Nogales. En la novela hay un personaje que dice: «Al menos los nuestros mueren por algo noble». Y otro responde: «Nadie en esta guerra muere por nada noble». Fue así. No me importa quien se ofenda por esto.

P. ¿A qué teme a los 60 y tantos?

R. A que la vida haga a uno acabar sin dignidad. Me gustaría que mi muerte fuese acorde con la vida que he tenido. Puedo haberme equivocado muchas veces, pero siempre he intentado vivir dignamente... Bueno, ya. Qué más da... Qué importa lo que yo tema. Eso no creo que le interese a nadie.

podía haber un vínculo.  
P. ¿Y ahora?

R. Hay un relato absurdo alrededor de la Guerra Civil. Parece que la hicieron dos generales, dos curas y dos banqueros contra el pueblo español. O bien, una guerra de España contra Cataluña.

Nada más lejos de la verdad. Muertos hubo muchos en los dos bandos entre el 36 y el 39. Así que ante discursos ridículos he pretendido regresar a lo humano.

P. ¿Una novela consigue eso?

R. Hombre, claro. Es lo

que intento. Mira, esta guerra la ganó Franco y los demás, empezando por los falangistas de su propio bando, la pierden de una manera o de otra. Ganó un grupo de gente y el resto de españoles perdió.

P. Los soldados de la

novela tienen más esperanza que convencimiento.

R. No he visto a nadie morir por la bandera o por la patria, ni en Angola, ni en Mozambique, ni en El Salvador, ni en ningún sitio. La mayoría combate obligado. O porque va un

amigo. O por pundonor. O por ceguera. En la guerra la gente se mueve por impulsos inmediatos. El primero, sobrevivir. No pretendo desideologizar la guerra, sino retratar a los hombres y mujeres que lucharon en las peores circunstancias.